



3.) 3 hojas

13

## En el barrio latius

En este <sup>barrio</sup> ~~casco~~ de las escuelas y facultades, de la ~~esta~~ -  
diante por lo mismo, se preñe el Pantheon, severo, rodeado  
de la iglesia de Santa Genoveva, arcaica y hermosa, lo propio  
que la biblioteca del mismo nombre, que está a su lado, coronando  
la plaza en cuyo centro se yergue el aludido edificio dedicado  
a honrar y guardar los despojos de los grandes hombres por la patria  
reconocida, hay algunas casas de comida que uno se pregunta  
cómo puedan dar de comer por tan poco dinero.

Los estudiantes, especialistas en arbitrios sorprendentes, descubren  
siempre las más baratas y mejores, y si algún manjar resulta  
duro, lo reducen siendo, contentos, ~~habiles~~, sabios - sabros,  
acaso más que cuando les den un diploma cualquiera.

Estoy almorzando solo en una mesa que tiene tres cubiertos,  
y un anciano, con su hijo, probablemente, toman asiento a mi  
lado, no sin antes preguntarme cortésmente si están libres aquellos  
cubiertos sobrantes.

Son francos, y apenas se los observa se advierte que están  
ambos contritos por la enfermedad ~~de~~ que llamaremos del franco.  
Silenciosos, se miran, cambian los frases indispensables para disponer  
su modesto almuerzo, y como al propio tiempo que el papá, dicen  
mira de cierta manera, de una manera que tiene de desconfianza y de  
sorna, mamá y el hijo les un diario y toma apurados, no sin echar  
miradas que siempre las de los <sup>marinos</sup> focos (explorados de la noche).

Yo hubiese querido entablar conversacion con ellos, para expre-  
sarle la gran simpatia que tengo al pueblo francés, pero ante  
aquella actitud reservada, no me atrevo. Me han <sup>placido como</sup> tomado ~~por~~  
extranjero, seguramente no tanto como la libra y acero ni como  
el dolar; y esto les hace coqueillar, en toda razon.

Estabamos en esto, cuando se acercan tres norteamericanos,  
hablando bastante fuerte de lengua, miran el mesón que es  
costumbre poner a la entrada para prevenir a los clientes, y  
entran. Papá e hijo se miraron de una manera tan expresiva  
que dijo adivinar la serie de comentarios que han de hacerse

a diario acerca de la desigualdad que reina en la ciudad luz  
entre los indígenas y los forasteros. Y han de sonreír agrios cuando  
ven la famosa leyenda que estamparon los revolucionarios  
líricos de 1789 en los edipos públicos; que' desprecian  
superficiales los que ofendieron sus cabezas a tan hermosas quimeras!...

